
Capítulo XXXVI.

La venganza de Caonabo.

El pensamiento de Alonso Velez no era otro que el de hacerse partido entre los indios, aun cuando fuera á costa de sus hermanos y compatriotas, á fin de explotar su credulidad, apoderarse de sus riquezas, enterarse por completo de sus costumbres y de su idioma y poder lograr que los que volviesen con nuevas expediciones le perdonasen su felonía—si no lograba ocultarse á sus ojos—en gracia de la utilidad que podía prestarles en aquel país.

Si tal sucedía y lograba volver á Europa con riquezas, continuar su vida aventurera y huir de Isabel Monteagudo, su esposa por fuerza, era su único deseo.

Alonso Velez, en la expedición que había hecho

al Cibao, había logrado inspirar alguna simpatía á Caonabo, y todos los indios que le conocían sabían ó presumían que era mucho más afecto á ellos que á sus mismos compatriotas.

Mucho tuvo que contenerse el cacique del Cibao en presencia de aquel extranjero.

Por más que supiera que podía en cualquier caso tenerle á su favor, la idea de que pertenecía al grupo de aquellos hombres que talaban los campos, violaban las mujeres y llevaban por doquiera la desolación y el luto, era muy suficiente para enfurecerle é inspirarle el deseo de convertirle en su primera víctima.

Velez, por medio de las pocas palabras que sabía y de los signos, enteró á Caonabo de la proximidad de Escobedo y Gutierrez con algunos hombres más y de los propósitos que les llevaban allí.

Esto aumentó la ira del cacique.

Una sonrisa infernal se pintó en su rostro.

No tenía que moverse de su mismo territorio para luchar con ellos brazo á brazo y exterminarlos.

—Corre á noticiarles inmediatamente que les aguardo,—dijo á Alonso Velez.

—De ningún modo,—contestó el villano,—ellos me esperarán ciertamente; pero es preciso que no sea yo quien se acerque á ellos, sino todos vosotros, porque de esta manera la sorpresa será más eficaz á vuestros intentos.

Si yo me presento, tendré que pelear con vos, y no quiero porque os amo de todo corazón.

Amparadme en vuestras grutas; apartadme de ellos; y yo no seré más que un vasallo tuyo, un amigo, un intérprete que te servirá en todas las ocasiones en que nuevos viajeros vengan á esta isla para indicarte lo que debes hacer con ellos.

No disgustó á Caonabo esta proposición, y dando orden para que le ocultaran en una de las minas del Cibao, corrió á buscar á los otros caciques y á su esposa Anacaona para comunicarles la proximidad de los españoles.

—No quiero acometerlos por sorpresa,—dijo el bizarro guerrero.—No quiero tampoco poner en frente de ellos todas nuestras huestes. Nosotros solos con Guarionex y algunos otros valientes bastamos para destruirlos.

Guarionex y Guaorocaya, jefes de inmensas bandadas de guerreros, á las órdenes de Caonabo y Umatex, capitán de los ciguayos, se colocaron al lado de Caonabo de Manicate y de Boechio. En tanto que Anacaona, la reina, con las mujeres de aquellos intrépidos soldados pedía á la sombra de Vagoniana que les amparase en la pelea, ellos, arrojando fuego por los ojos, anhelosos de disparar sus flechas y de luchar brazo á brazo con sus enemigos, comenzaron á atravesar el bosque que les separaba del paraje en donde Gutierrez, Escobedo y los suyos aguardaban á que Alonso Velez llegase para comunicarles los mejores medios de caer por sorpresa sobre el cacique y sus soldados.

Caonabo iba al frente de los indios.

La enorme maza formada por el tronco de un árbol y adornada con clavos de oro, aparecía en su diestra de una manera formidable.

Gutierrez fué el primero que le vió, y dando la voz de alarma á los suyos no tardaron todos en desenvainar las espadas y en presentarse en actitud de resistir aquel empuje.

Pero rápido como el tigre corrió al lado de Gutierrez Caonabo, y descargó sobre él la pesada maza que agitaba en su diestra.

El golpe resonó sobre la coraza de acero del español.

A pesar de su fuerza hercúlea cayó en tierra privado de sentido, y no tardó en regar con la sangre que salía de su boca el espacio en que cayó.

Una vez rotas las hostilidades de aquella manera, la lucha fué horrorosa.

Los españoles se lanzaron como hienas sobre los caciques y sus soldados.

Blandiendo las espadas sembraban por la llanura la muerte.

De cada mandoble caía un indio en tierra.

Horrorizados, unos corrían á refugiarse, en tanto que otros, que desde lejos presenciaban el combate, acudían á ganar el puesto que aquellos dejaban vacío acudiendo en socorro de sus hermanos.

Caonabo, Guarionex, Manicate, Boechio, Guaorocaya, Umatex, todos los jefes hacían esfuerzos inauditos de valor.

Gutierrez mismo, sediento de venganza, reunió

todas sus fuerzas, y pudo levantarse con ánimo resuelto de humillar á sus piés á Caonabo.

Pero el feroz cacique se lanzó de nuevo sobre él, oprimió su cuello con su nervudo brazo, hincó la rodilla sobre su pecho, abollando la coraza, y no contento aún, despues de verle con sonrisa feroz exhalar su último suspiro, se apoderó de su espada no sin desasir ántes su mano que estaba adherida á la empuñadura como si hubieran sido fundida en una misma pieza.

Triunfante con aquella victoria, Caonabo blandió la espada de Gutierrez.

Al ver los indios en poder de su jefe aquella arma mortífera, redoblaron su valor.

Ya no era un centenar de indios los que luchaban contra veinte hombres; los guerreros españoles tenían que habérselas con millares de fieras.

Los españoles sucumbian á pesar de la defensa de sus cotas, petos, espaldares y casco.

Solo quedaban en pié cuatro ó cinco hombres al lado de Escobedo, que parecia un rayo.

Caonabo, lleno de heridas, le buscó sin embargo, y blandiendo la espada que habia arrebatado á Gutierrez, luchó con él de igual á igual.

Escobedo se defendia sin poder atravesar á su adversario.

Cansado de luchar con la espada la arrojó el valiente español, y sacando la daga del tahalí se precipitó sobre Caonabo.

Una mano de hierro detuvo su brazo, y el caudi-

llo español no tardó en caer bajo el peso de la formidable maza del soberano de Xaragua, del vengativo cacique del Cibao.

Escobedo sucumbió como Gutierrez.

Las sombras de la noche ocultaban á la vista los charcos de sangre que regaban aquellas vírgenes y fértiles campiñas.

El ruido de las armas cesó.

Los ayes de los moribundos se extinguieron.

Pavoroso silencio reinó en el campo de batalla.

Los caciques volvieron triunfantes á donde les aguardaban sus esposas.

La sonrisa de triunfo, la alegría de la embriaguez, brillaba en sus ojos.

—Hemos vengado á nuestra pátria,—exclamó Caonabo.

Cánticos de triunfo resonaron en torno suyo.

Los butios elevaron su plegaria al padre de los reyes, al hijo sublime del sol.

Y sin embargo una anciana india, separada de aquellas masas que celebraban con cánticos de regocijo la victoria que acababan de tener los indios sobre sus adversarios, leia en el porvenir la destruccion de Haiti, y miéntras los unos reian, ella lloraba; miéntras otros prorumpian en cánticos de gozo, ocultaba lastimeros suspiros de dolor.

¡Cuán ageno estaba Guacanajari en aquellos momentos de lo que pasaba en su querida patria!

¡Cuán agenos tambien Arana y los españoles que

vivian á su lado de que sus hermanos, sus amigos perecian en aquella lucha!

¡Cuán agenos de que, no apagada aún la sed de venganza de Cacoabo y de los suyos, no tardarian en verse acometidos por aquellas hordas de salvajes que parecian llevar la desolacion y la muerte á todas partes!

La venganza del cacique del Cibao debia ser completa.

¡Pobre Guacanajari!

¡Aún no sabia el porvenir que le estaba reservado!

Ebrio de gozo por poseer el objeto de todo su amor, no veia que el edificio de su imperio se desmoronaba poco á poco, y que la maldicion de Vagoniana pesaba sobre su frente.

Capítulo XXXVII.

Desolacion y muerte.

Las sombras de la noche desaparecieron, y el sol inundó de luz los bosques y los campos de la desgraciada isla de Haiti.

Guacanajari, en su palacio de Marien, se despertaba con una agitacion que no podia explicarse.

En lo más oculto de su aposento, enfrente de la hamaca imperial, estaba colocada la imágen de la Virgen, que era su tesoro, su amor, su vida.

Despues de haber pasado largas horas, como solia, contemplándola arrodillado en su presencia, fijó sus ojos en aquellos ojos que el artista habia inundado de luz y de expresion.

Ebrio de amor y de ventura, habia cerrado los ojos al sueño, y todavía veia en su imaginacion aquella figura celestial á quien tanto adoraba.